

—Bien está, dijo Blanca. Yo castigaré su soberbia.

Velazquez, que en vista de la insistencia con que le hablaba Blanca del capitán Pánfilo de Narvaez, no sabía qué pensar de un interés tan inusitado, puso en juego cuantos medios tenía para observar si existía algún secreto lazo entre Blanca y Narvaez, y al convencerse de que el capitán no iba á rondar la calle, ni entraba en su habitación, para cerciorarse más y más, preguntó á Aldonza.

Esta se santiguó, manifestando gran asombro.

Por la noche contó á Iñigo lo que la había pasado, y éste la amaestró.

—Si vuelve á preguntarte el gobernador algo, dile que tú ama no trata con el capitán; pero que siempre está hablando de él, y que tú crees que si piensa en él tanto, es porque ha ofendido su amor propio; añadiendo de tu cosecha lo que más te parezca.

Al día siguiente volvió á interrogar el gobernador á la camarera.

Aldonza obedeció al pie de la letra los consejos de Iñigo, y de su propia cosecha añadió:

—Las mujeres somos tan tontas, que nos enamoramos de los que peor nos tratan, y pagamos con ingratitud á los que más favores nos hacen.

Blanca realizó aquella noche un proyecto que había concebido.

—¿Teneis muy adelantados, dijo al gobernador, los preparativos de la expedición?

—Sí, á Dios gracias, contestó éste. Cuento con once navíos muy veleros, con gente aguerrida y leal, y con capitanes á quienes la esperanza de hacer fortuna y de adquirir gloria obligará á dejarse matar por mí si es preciso.

—¿Y quién va á ser el jefe de la expedición?

—Aun no lo sé, porque son muchas las influencias que se agi-

tan. No he querido resolver nada; pero os prometo que apenas me decida me apresuraré á satisfacer vuestra curiosidad.

Blanca reflexionó un momento.

—Me complace que no os hayais decidido, dijo despues, porque tengo que hacer os una recomendacion.

—¿Hola! ¿Os interesais por alguno?

—Sí; pero no quiero aún deciros su nombre.

—¿Han llegado hasta vos las influencias?

—No; la persona á quien os voy á recomendar está muy ajena de que influyo en su obsequio.

—Decidme su nombre.

—Me es imposible; pero quiero exigiros una palabra.

—Hablad.

—Que nombrareis á quien yo os recomiende.

—Mucho pedir es eso.

—Decidme sí ó no.

—No os negaré nada en la vida. Pero lo que es eso.... Es necesario que la persona que lleve el mando de la expedición sea digna de toda mi confianza.

—Lo es.

Diego de Velazquez fijó una mirada investigadora en doña Blanca.

—Pero decidme su nombre, ¿Qué mas os da? dijo.

—¿Me empeñais vuestra palabra?

—No sé negaros nada.

—Pues bien; dentro de dos días os exigiré el cumplimiento de la promesa que acabais de hacerme.

Aquella noche dijo á Aldonza su ama:

—Es necesario que yo vea al capitán Pánfilo de Narvaez.

## CAPITULO LXXIX.

## El corazón humano.

**B**LANCA, como hemos tenido ocasion de decir anteriormente, no habia amado aún.

Despues de conocer el carácter y los sentimientos del capitán Narvaez, comprendió que habia en la vida un mundo que hasta entónces ni siquiera habia adivinado.

Su brusca despedida, la ausencia de aquel hombre que parecia tranquilo, aunque no la veia; la comparacion que establecia á cada instante entre él y Diego de Velazquez, iba fomentando poco á poco en su alma una verdadera pasion.

Blanca era ya completamente otra.

Hasta su misma camarera Aldonza notaba la pasion que le dominaba en las impertinencias, en las vacilaciones, en el modo de sér de su ama, que por la primera vez de su vida sufría la influencia del amor.

No tenia más medio, para ver á Narvaez, para llamarle á su casa sin dar su brazo á torcer, sin declarar el afecto que hacía él sentía, que el de satisfacer su ambicion.

—Desea ser el jefe de la expedición que va à partir en busca de Hernan Cortés, sé dijo. Yo deseo verle; no vendrá si no le llamo: si le llamo para confiarle los sentimientos que hay en mi alma, me despreciara más.

¡Oh! Por esto solo necesito vengarme de él, y la mejor venganza que puedo tomar es realizar su ambicion.

—Sí; que venga á mi lado, que crea que le llamo porque estoy enamorada de él, que no puedo vivir sin verle.

Yo tendré valor cuando él esté cerca de mí, para decirle: «Os habeis engañado si habeis creído que soy una mujer como todas. Me habeis tratado mal, me habeis despreciado: hé aquí como yo pago vuestros desprecios, realizando vuestras esperanzas.

«Partid en busca de gloria, nada me importa.

«Si habeis pensado un solo instante que podia ser vuestra esclava, convenceos de que he aacido para ser vuestra señora, y lo soy.»

Esto se habia dicho Blanca, y partiendo del deseo de humillar á aquel hombre empleó su influencia con el gobernador para obtener de él el empleo que ambicionaba Pánfilo de Narvaez.

Con tan poderosa arma, no vaciló en valerse de Aldonza para que llamara en su nombre al capitán.

La camarera confió á su amante Iñigo los deseos de su señora, y Pánfilo de Narvaez se presentó en casa de Blanca al dia siguiente de la entrevista de ésta con el gobernador.

La imperturbabilidad de aquel hombre desarmó desde luego á Blanca.

—Os extrañará, le dijo, la pretension que he tenido de hacerros venir á mi casa.

—¿Por qué, señora? ¿No convinimos al separarnos en que seríamos amigos?

—No por cierto. Nos separamos de una manera extraña; y en honor de la verdad, debo deciros que estimais en muy poco mi amistad, puesto que habeis pasado tanto tiempo sin verme.

—He sido obediente; no he hecho más que cumplir vuestras órdenes.

—¿Y qué pensais de mí por haberos llamado?

—Pienso que necesitareis de mis servicios, y he venido á ponerme á vuestra disposicion.

—¿No os ha cegado vuestro amor propio, haciéndoos creer que estoy enamorada de vos, y que por eso os he hecho venir?

—Soy brusco, señora; pero no fátuo.

Blanca hubiera querido que aquel hombre contestase afirmativamente.

Cada palabra suya le hacia retroceder.

Después de una breve pausa, en la que buscó inútilmente el medio de humillar á aquel hombre:

—Voy á dispensaros un favor, y quiero que me lo pagueis ántes, le dijo.

—¿Que me exigís?

--Lealtad.

—No me cuesta trabajo corresponder á vuestros deseos.

—Decidme francamente qué es lo que pensais de mí después de lo que ha pasado entre los dos.

—Pienso que sois un ángel bajo la forma de una mujer, y que lo que teneis de mujer os impide aparecer como ángel á los ojos de todo el mundo.

Pienso que si os hubiera hallado en la vida en otra situación, en otras circunstancias que las que os rodean, es muy posible que hubiera renunciado á mis creencias, y que arrojándome á vuestros piés, os hubiera dicho:

«Sois digna de todo el amor de un hombre, yo os ofrezco mi vida.»

¿Quereis más sinceridad?

Blanca no pudo contener las lágrimas que asomaban á sus ojos.

—¿Me amais? se atrevió á preguntarle.

--No, contestó el capitán. No os amo, no podría amaros sin delinquir.

Aquella acusacion era horrible.

Blanca se habia olvidado por un instante del lazo que la unia

á un hombre, que aunque retirado de ella, tenia derecho á exigirle el cumplimiento de sus deberes.

—Me habeis herido de muerte, exclamó.

—No es culpa mia. Engañada, habeis dado vuestra mano á un hombre indigno de vos; pero ese hombre es vuestro esposo. Vos misma aumentaríais vuestra desgracia, si aceptando el amor de otro hombre, faltarais á vuestros deberes.

Creedme, no ama el hombre que obliga á una mujer á faltar al decoro que se debe.

No ama á una mujer el hombre que haciéndola olvidar sagrados juramentos, pronunciados en un momento de amor ó de obcecacion, la conduce al abismo; y no puede presentarla á los ojos del mundo, porque la vergüenza aparece en su rostro.

Dios ha querido que nosotros retrocedamos en una situación en la que es imposible que exista entre los dos más lazo que el de un afecto fraternal. Hoy os parecerán sin duda mis palabras una acusacion.

Acaso me maldecireis.

Pero mañana me buscareis, segura de que he sido el único, el verdadero amigo que habeis tenido en el mundo.

Blanca permaneció silenciosa un instante.

¡Qué lucha tan terrible sostenia su alma!

—Teneis razon, dijo de pronto. Yo soy una insensata; pero no sé que tienen vuestras palabras que ejercen sobre mí una influencia suprema.

Permitidme que os hable á mi vez con sinceridad; que perdiendo ese miedo natural de la mujer, os confie todos los sentimientos de mi corazón.

Querria negaros lo que pasa en mí; pero no puedo, no quiero, no debo; y mi desgracia es inmensa, porque hasta que os he conocido, hasta que os he oido hablar, no he sabido lo que era amor.

Acostumbrada á oír continuamente galanterías, embaucada

por mis triunfos, he pasado al lado de la felicidad sin comprenderla, sin desearla: hoy sería mi martirio. Es necesario que nos separemos.

—Es de todo punto necesario, dijo el capitán.

—Pero quiero que al separaros de mí, repuso doña Blanca, conserveis un recuerdo del afecto que me habeis inspirado.

Tengo desgraciadamente alguna influencia sobre el gobernador. Le he pedido que os nombre jefe de la expedición que va á partir en busca de Hernan Cortés. Aceptad ese puesto; os lo suplico, os lo ruego por el interés que os inspira seguramente mi desgracia.

—¡Oh! No es posible que tal merced me otorgue don Diego de Velazquez.

—Os la otorgará.

—¿Quereis esclavizarme por agradecimiento?

—Quiero ofrecer os una ocasión de alcanzar gloria, de distingueros; quiero que me debais el triunfo, para inspiraros si quiera lástima.

—Me inspirais mucho más, exclamó el capitán con vehemencia, me inspirais un afecto inmenso, entrañable, y para que no se borre nunca de mi alma, acepto vuestra protección.

Yo me haré digno de ella.

Os aseguro que si mis palabras han ejercido alguna influencia sobre vos, que si sabeis resistir con valor vuestra triste situación, alcanzareis la felicidad que yo no podría daros.

—Pronto sabreis, exclamó Blanca, que soy digna de vuestro afecto.

Dos días despues recordó Blanca su promesa á Diego de Velazquez.

—¿Quién es el agraciado? preguntó éste.

—El capitán Pánfilo de Narvaez.

—¿Vuestro enemigo?

—Sí.

—Es imposible que yo le otorgue tal distinción.

—¿Por qué no?

—Se ofenderian otras personas que tienen muchos más títulos que él.

—Pues bien, exclamó Blanca, jugando el todo por el todo debo advertiros una cosa. Ese hombre me ha ofendido, y quiero castigarle. ¿Qué mayor venganza puedo tomar que obligarle á tenerme gratitud?

—Pensad que es imposible lo que exigís.

—Pues para mí no hay nada imposible, añadió Blanca, acentuando sus palabras.

El gobernador se separó de ella dispuesto á contrarrestar su influencia. Aldonza decidió la cuestión.

—Es necesario, le dijo, que alejeis de Santiago al capitán Pánfilo de Narvaez, porque mucho me temo que si está aquí más tiempo, va á enamorarse más que él mi ama.

Las cosas más pequeñas deciden en la vida las más grandes.

Gracias á esta indicación, á esta probabilidad de peligro, resolvió Diego de Velazquez confiar el mando de la escuadra que iba á salir en persecución de Cortés á Pánfilo de Narvaez.

Su nombramiento causó honda sensación.

Como siempre, los que ambicionaban aquel puesto y no le habian obtenido, murmuraron.

Pero en estas ocasiones suele ser hasta un medio hábil, cuando se disputan personajes de talla un solo empleo, conferírsele al más insignificante.

Pánfilo de Narvaez no excitó tanta envidia como cualquiera de los otros que aspiraban á ocupar el puesto con que habia sido agraciado.

Satisfecha la ambición del capitán, se dió á la vela con las instrucciones del gobernador, dispuesto á cumplir la promesa que habia hecho á Catalina, y á pagar con creces aquella deuda de gratitud á Blanca.

En cuanto á esta... á su tiempo veremos lo que sucedió.

Bástenos por ahora decir que rompió sus relaciones con el gobernador Diego de Velazquez.

Poco ántes de darse á la vela Pánfilo de Narvaez, llegó de España á Santiago de Cuba un hombre que habia acompañado á Montejo en su viaje á la Península. Este hombre era un fiel servidor de Diego de Velazquez, y acompañó á Saucedo cuando este fletó un buque para ir por cuenta propia en busca de Hernan Cortés.

Martin, que así le llamaremos, habia hecho mucho daño al enemigo de Velazquez.

Habia visto á su esposa en Medellin, y habia cometido al hablarle algunas indiscreciones.

Pero ya volveremos á ocuparnos de este episodio y de algunos otros que hemos dejado pendientes.

Tiempo es ya de volver nuestros ojos á Hernan Cortés y sus soldados.

## CAPITULO LXXX.

Donde se ve cómo Cortés se prepara á quemar las naves.



HEJAMOS á los audaces conquistadores de México viéndose partir con pena al capitán Francisco Montejo y á su camarada Alonso Hernandez Portocarrero, y á unos cuantos españoles encargados de tripular el buque.

A pesar de los triunfos que hasta entónces habian conseguido, la envidia que se despertó en su alma al ver que otros más felices que ellos iban á volver á la madre patria, los desanimó en alto grado y los predispuso para seguir una vez más las malévolas indicaciones de los amigos de Velazquez que acompañaban á Hernan Cortés.

—¡Dios sabe si Montejo cumplirá el encargo que le han dado! decian algunos de éstos.

—Lo más probable, añadian otros, es que se guarden él y sus compañeros el oro y las joyas que llevan, que lleguen á algun puerto de Italia, que truequen por monedas su tesoro, y que repartiéndose el producto de la venta, pasen el resto de sus dias regaladamente.

El descontento se apoderó de los ánimos.

Los más adictos á Velazquez creyeron que aquella era una ocasion muy oportuna para prestarle un señalado servicio, y comenzaron á tramar una conjuracion.

Al principio combinaron el plan Ordaz y Velazquez de Leon.

—Sin duda alguna, se dijeron, Moctezuma se dispone á salir á nuestro encuentro para derrotarnos.